

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
LA UNIÓN



FIESTAS DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

5-13 octubre 1974

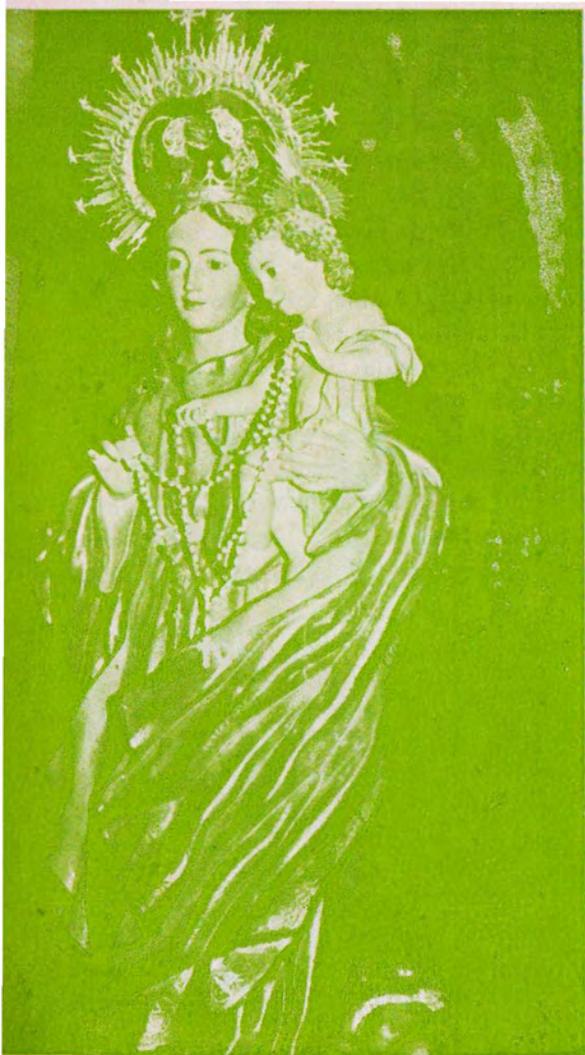
SANTA MARIA DE LA UNION

Santa María de La Unión. Patrona de una apretada historia que ata el pretérito lejano, siempre sorprendente y singular, con un presente sin duda menos brillante y desmesurado pero no exento de juveniles esperanzas. Santa María de las Herrerías —ayer—, Señora de los legendarios aventureros de la plata, de los viejos y entrañables personajes de la mina, de los troveros y los «cantaos» que cantaban el dolor de la injusticia social frente a un vaso de vino peleón... Santa María de La Unión —hoy—, la nueva ciudad, distinta y renovada, abierta a un horizonte de ilusiones.

El mismo amor de ayer, continuado en la fiesta nueva, en la teología popular que echa a la calle, cada siete de octubre, a la Madre de Dios convertida en una unionense más. Porque no es verdad que la devoción mariana vaya decreciendo y recortándose, no es verdad. Pablo VI, en un importante documento sobre el culto a la Virgen, expone con claridad meridiana el sitio que María ocupa no sólo en el misterio de la salvación, sino en la actual renovación de la Iglesia. María, Madre de Dios pero también Madre del mundo.

Algo sorprendente para muchos corazones vacilantes, para tantos hombres de pálida fe e incluso para muchos cristianos excesivamente «novedosos»: Pablo VI llega no sólo a la positiva mención sino a la recomendación de uno de los ejercicios piadosos de mayor arraigo, hasta hace no muchos años: el rezo del Rosario. He aquí a orillas del siglo XXI, cuando el hombre ha llegado a la luna, vigente, lozanamente renacida, una devoción que muchos sabelotodos, más papistas que el Papa, por supuesto, creyeron asfixiada para siempre. En un mundo masificado, cambiante, mordido por la desesperanza, amenazado por la corrupción,





alguien levanta el magisterio de su segura voz y vuelve a hacer del rosario escaleras para el encuentro con Dios.

En una antigua coplilla se decía:

Las cuentas del rosario
son escaleras
para subir al cielo
las almas buenas.

Ya no se canta esa letrilla, bueno fuera. Demasiado ingenua para nuestra actual petulancia. Nuestros ordenadores electrónicos, nuestros viajes interplanetarios, nuestro culto al confort la han vuelto definitivamente «camp»⁴ cuando no «kitsch» sin remisión. Convendría, sin embargo, aunque sin coplas ni letrillas, ir meditando conscientemente en las palabras de Roma. «La Exhortación de Pablo VI — ha escrito Juan

Hernández— será, indudablemente, para el pueblo cristiano, un nuevo estímulo en su tradicional veneración de la Madre de Dios, una rectificación de piadosas desviaciones».

Meditándolas, La Unión abre una vez más, de par en par, las puertas de su templo del Rosario. Por ellas, buscándole el pulso a la ciudad, sale de nuevo a la calle la Patrona, morena de buen ver, minera coronada con una mínima porción de la plata que sus pies vienen pisando tan garbosamente.

ASENSIO SAEZ